

---

**SALIR Y COMUNICAR  
LA BENDICIÓN DEL EVANGELIO**

---

**VI CONGRESO INTERNACIONAL DEL FÓRUM DE LAS ORGANIZACIONES  
CRISTIANAS PARA LA PASTORAL DE CIRCOS Y FERIAS**

**D. ARMAND PUIG I TÀRRECH  
FACULTAD DE TEOLOGÍA DE CATALUNYA**

Barcelona, 6-9 de noviembre de 2005

La llamada de Dios empieza con una indicación dirigida a Abrahán, padre de judíos, cristianos y musulmanes. Se trata de una invitación más que de una orden. Dios se erige como el padre de una promesa que conlleva una bendición. Una simple palabra («sal de tu tierra») basta para poner en marcha una historia grande y hermosa, que culminará en el vástago de David, asimismo descendiente de Abrahán. Jesús, el Mesías, será el fruto bendito que alimentará a toda la humanidad. Su Evangelio será bendición para todos los pueblos. De esta forma llegará a su plenitud la presencia de Dios entre los hombres.

## 1. Abrahán, nómada por vocación

La historia de Abrahán pertenece a Israel pero de ella no queda excluida ningún ser humano, porque basta oír la llamada de Dios para identificarse con aquel ciudadano de Ur de Caldea, casado con una mujer llamada Sarai. Abrahán no era un nómada cuando le llegó la voz divina en Jarán, ciudad lejana de su Ur natal. Si se convirtió en nómada fue porque el Señor quiso que abandonara también Jarán para adentrarse en Canaán, la tierra prometida, pero aún no poseída. La llamada de Dios no conducía a Abrahán a otra de las ciudades del oeste del Creciente Fértil, sino a un país alargado y de paso, situado entre el desierto y el Gran Mar o Mediterráneo. Abrahán aceptó algo muy extraño: convertirse en nómada cuando era un sedentario, habitar entre tiendas cuando siempre había vivido en una casa, renunciar a echar raíces en una ciudad (Ur, Jarán) para recorrer un país que no le pertenecía. Los antropólogos y los historiadores de la cultura explican el paso de una civilización nómada a otra sedentaria como uno de los procesos fundamentales de la humanidad. Aquí, el proceso es inverso. La llamada de Dios acostumbra a cuestionar lo que parece establecido. Para ser fiel a su Dios, Abrahán se convirtió en nómada, tuvo que abandonar su Mesopotamia natal e irse a otro país, a otra cultura, donde se hablaba otra lengua y donde no poseía ni podía reclamar un palmo de tierra.

Abrahán es el padre de los creyentes en el Dios del Sinaí y de los profetas. Su fe pasa por su fidelidad a una propuesta divina, que, aparentemente, era contraria a los tiempos que se vivían. Fue nómada por vocación, porque comprendió que sólo siendo nómada podía realizar el designio de Dios sobre él. Se sintió movido a irse de su casa porque había una promesa, se cernía un futuro sobre su persona. Y, puesto que Dios no falla en su promesa, él no podía echarse atrás y fallar en su palabra. Abrahán conocía demasiado al Señor para poner trabas a sus proyectos. La voz de Dios resonaba en su corazón y esa voz le empujaba a salir de su tierra y de su casa. Se convirtió en nómada sin proponérselo, todo arrancó de una fidelidad sin límites. Y puesto que no puso límites a su fidelidad, tampoco su vida quedó limitada por ninguna frontera. Su patria ya no se identificó con el territorio de una sola ciudad sino con un país, prometido por Dios, en toda su anchura y longitud (cfr. Génesis 12,1-3).

Ser nómada significa acoger la llamada de Dios a vivir en una tierra sin confines, sin preguntarse donde tengo la casa, «mi» casa. La libertad de Abrahán es paradigma para todos aquellos que aceptan vivir a fondo su fe en unas condiciones de vida poco estables. Estos pueden –y deben– reconocerse en el padre común, Abrahán, que fue llamado por Dios a resguardarse bajo una tienda y no bajo un techo. Su vocación se proyectaba hacia el futuro. Debía ser padre de un gran pueblo y, por consiguiente, de una multitud de pueblos (cfr. Génesis 17,5). De forma parecida, los que viven de forma itinerante reproducen la confianza en el futuro que caracterizó la vida de Abrahán. Baste recordar cuando «Abrahán, sometido a la prueba, ofreció a Isaac; y él, que había recibido las promesas, ofrecía a su único hijo...» (Hebreos 11,17). Sólo la fe explica por qué Abrahán se sometió a la voluntad divina, en un momento en que la promesa de Dios parecía fallar para siempre –Isaac era el único hijo de Abrahán y Sara– en virtud de una orden del mismo Dios. El nómada vive del futuro más que del presente, y un nómada como Abrahán se encontró con que el futuro

parecía cerrársele de forma radical. Si moría su único hijo, la promesa se desvanecía sin remedio. Sin embargo, Abrahán no se arredró, no se dejó dominar por el miedo, esperó contra toda esperanza y la prueba se convirtió en motivo de gloria y de acción de gracias. Como todo buen nómada, estaba acostumbrado a vivir del don y de la sorpresa, y Dios no le falló. Confiaba en el Dios de la vida y su hijo Isaac no murió. Como afirma Hebreos 11,19, «(Abrahán) lo recobró como símbolo», símbolo de Jesús resucitado, vencedor de la muerte.

## 2. Fe y bendición

Abrahán, el sedentario convertido en nómada, recibe una promesa. Su nombre será fuente de bendición, es decir, los habitantes del país con sus familias van a mencionarlo cuando quieran atraer sobre sí mismos la bendición divina. Un nombre es bendito porque Dios lo bendice y, a través de él, son bendecidos los que lo utilizan. Quien lleva la bendición, goza de la protección del Señor. Y Abrahán, el nómada, un hombre que no vive de forma permanente en ninguna población, ha sido escogido para recibir en patrimonio un entero país. Así queda certificado en la alianza que el Señor hace con él: los descendientes de Abrahán llenarán la tierra de norte a sur (cfr. Génesis 15,18-21).

La promesa de ser testigo privilegiado de la amistad de los hombres con Dios se concreta en dos grandes bienes, los mejores: la fertilidad y la paz. Ambos son dones extraordinarios que surgen de la promesa divina. La fertilidad acompaña la vida de los que confían en el Señor. En el caso de Abrahán y, en general, en el Antiguo o Primer Testamento, el don de la fertilidad pasa por la procreación y la descendencia. Así se lee en el Salmo: «La herencia del Señor son los hijos... como flechas en manos de un guerrero son los hijos de la juventud. Feliz quien llena con ellas su aljaba...» (127,3-5). Naturalmente, también es fecundo quien engendra el bien y la misericordia y hace que los demás participen de su fruto. El segundo don es el de la paz. Abrahán no es un guerrero sino un pastor. La promesa de Dios según la cual va a poseer la tierra de Canaán no implica que Abrahán se lance a una ocupación violenta del territorio. Al contrario, cuando debe enterrar a su esposa Sara, el padre de los creyentes utiliza la única arma del diálogo y del acuerdo con los hititas para comprar la cueva de Macpela, en Hebrón. El sepulcro de Sara se convertirá en la primera propiedad legal de Abrahán en el país de Canaán. La promesa de Dios se concreta mediante el intercambio pacífico entre Abrahán y los hititas –se trata de una operación de compraventa-, lo que presupone un buen entendimiento entre Abrahán, el nómada e inmigrante, y los habitantes del país (cfr. Génesis 23).

De forma parecida, los que comparten con Abrahán una vida nómada son testigos del paso de Dios por este mundo. Y su testimonio se concreta en ser fértiles en bondad y generosidad y en ser activos operarios de paz. Abrahán recorre el país con su familia, sus siervos y sus rebaños, y toma «posesión» pacífica de él, sin que se produzcan violencias y agresiones de ningún tipo. Abrahán cree en el Dios de la paz y de la amistad entre los pueblos, y no se enfrenta con ninguno de los pobladores de Canaán. Sólo en una ocasión, organizará una expedición para liberar a Lot, su sobrino, que había caído en manos enemigas. Una vez cumplida la misión, Abrahán será bendecido por Melquisedec, el rey justo, señor y sacerdote en Salem (Jerusalén), la ciudad de la paz. Abrahán confía en la promesa de Dios y pone su vida y su futuro en las manos de aquél. Su vida en Canaán será realmente bendición para todos, ya que los hombres y mujeres de paz, los que confiesan el Dios de los pacíficos, siempre resultan una bendición para los demás. El secreto es sencillo: comunicar con su vida la paz que da el Señor, llevándola en las alforjas, es decir, en la sonrisa, en la mirada, en el quehacer diario. Los nómadas, los que viven en tiendas, pueden comprender perfectamente lo que significa ser bendición para los hombres y los mujeres con quienes se encuentran, y, muy especialmente, con los niños –¡tantos niños!- como se cruzan en su camino.

Abrahán vivió su condición de creyente con todas sus fuerzas. La fe que le regaló Dios cuando le llamó para que saliera de Jarán lo acompañó durante toda la vida. Ya antes hemos mencionado el episodio culminante del sacrificio de Isaac (cfr. Génesis 22). Aquí la prueba llegó a su máxima intensidad. Isaac, el único hijo de Abrahán y Sara, había nacido después de muchas dificultades. Sara era anciana y ya no podía concebir y Abrahán era un hombre entrado en años. El anuncio de su nacimiento había provocado la risa incrédula de la futura madre. Pero, como afirma el mismo Dios, «¿hay algo imposible para el Señor?» (Génesis 18,14). La respuesta a esta pregunta la da Abrahán durante toda su vida. El apóstol Pablo comenta: «[Abrahán] no vaciló en su fe al considerar su cuerpo ya sin vigor – tenía unos cien años- y el seno de Sara, igualmente estéril. Por el contrario, ante la promesa divina, no cedió a la duda con incredulidad; más bien, fortalecido en su fe, dio gloria a Dios, con el pleno convencimiento de que poderoso es Dios para cumplir lo prometido» (Romanos 4,19-21).

Abrahán fue fuerte en la fe. No se escudó en la duda ni en el miedo. Fue hombre de valentía y de coraje para decir sí al Señor cuando éste le propuso que se fuera a un país desconocido. La fe mueve montañas, pero ya antes de moverlas hace que el creyente suba a montañas que antes nunca había hollado. La fe sostiene a quien camina, como nómada a semejanza de Abrahán, o como sedentario. Por esto Abrahán añadió más fe a su fe, cuando se le pidió que sacrificara a Isaac y él aceptó sin resistirse con una de las frases más concluyentes de la Biblia: «Dios proveerá» (Génesis 22,8.14). Se expresó así porque se fiaba completamente del Señor. Ni una prueba extrema podía hacerle zozobrar. Su fe no se tambaleó porque era hija de la obediencia. Se apoyaba en la disponibilidad de corazón. Abrahán era un nómada, y, como tal, siempre estaba dispuesto a la novedad imprevisible y al acontecimiento inesperado. No se agarraba a nada, y su fe se alimentaba del designio de Dios. Ser nómada no significa sólo desplazarse exteriormente, de una ciudad a la otra. Significa también desplazarse interiormente, siguiendo las llamadas del Señor. El hombre y la mujer de fe, que viven como nómadas en el Señor, están atentos a la voz de Dios, siempre dispuestos a darle una respuesta generosa. Son bendición para muchos porque acogen la llamada que el Señor les dirige. Al igual que Abrahán, llegarán a la tierra prometida.

### **3. Jesucristo, bendición universal**

El Nuevo Testamento empieza con esta frase: «Genealogía de Jesús, el Mesías, hijo de David, hijo de Abrahán» (Mateo 1,1). Así pues, a Jesús, el Mesías de Israel, se le presenta como descendiente del rey David y de Abrahán, el padre del pueblo elegido por Dios. La relación entre Jesús y Abrahán pasa por esta elección personal, que reúne a ambos en un gran designio de salvación. Abrahán recibe la promesa de una paternidad supranacional –«padre de muchos pueblos»- pero Jesús lleva a plenitud y cumplimiento esta promesa en la medida que «es verdaderamente el Salvador del mundo» (Juan 4,42). De esta forma la bendición abrahámica bajo la cual se refugiaban gentes y pueblos se expande de forma totalmente universal en la medida que Jesús, el Hijo de Dios, pasa a ser bendición para la humanidad entera, más allá de cualquier frontera y etnia, lengua y cultura.

Con Abrahán la bendición divina encuentra a alguien lleno de fe en quien se manifiesta el don de Dios: Abrahán era bendición en la medida que él atraía y en él se reflejaba la bendición de Dios. Por su parte, Jesús es el mediador, el que incorpora esta bendición divina: por él pasan todos los dones de paz y de amor con que Dios ha querido caracterizar los tiempos finales y definitivos de la historia. Jesús es, en sentido pleno y único, la bendición de Dios, ya que por él discurre la salvación de toda la humanidad. Por esta razón, Jesús es objeto de adoración y de súplica, de oración y de veneración ya que él

está lleno de Espíritu Santo y de poder. Su nombre es el único que salva (cfr. Hechos 4,12). Quien invoque a Jesucristo, muerto y resucitado, rebrá el beneplácito y el perdón de Dios.

Abrahán y Jesús fueron dos itinerantes, dos sedentarios que cambiaron de vida y se convirtieron en nómadas. Abrahán vivía en Jarán, aunque había nacido en Ur, mientras que Jesús, aunque nacido en Belén, vivió muchos años relativamente lejos, en Nazaret. Después, cuando Abrahán escuchó la llamada de Dios, su vida, con la de su familia, se desarrolló por todo lo largo y lo ancho del país de Canaán, y fue enterrado en la cueva de Macpelá, en Hebrón. Por su parte, Jesús, también en plena madurez, abandonó Nazaret y empezó un largo periplo con sus discípulos, que le llevó desde el Jordán hasta Galilea y los territorios limítrofes, y terminó su vida terrenal en Jerusalén, donde fue sepultado y donde se manifestó a los discípulos después de su resurrección.

Está fuera de toda duda que, en los años de su actividad pública, Jesús fue un itinerante. «Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (Mateo 8,20). Estas palabras de Jesús sobre sí mismo reflejan el tipo de vida que ha escogido: sin domicilio fijo ni casa propia. Esta es una diferencia sustancial con Abrahán. Mientras el padre de Israel ha sido llamado por Dios a una vida nómada de pastoreo en Canaán como depositario de una promesa, Jesús elige una forma de vida itinerante porque el anuncio del Reino de Dios es su objetivo exclusivo. Por lo tanto, para Jesús comunicar el mensaje del Reino significa recorrer las pequeñas ciudades y los pueblos de Galilea, sobre todo los de la zona noroeste del lago de Genesaret. Cuando en Cafarnaún, su segunda patria después de Nazaret, Simón Pedro le recuerda que todos le están buscando, Jesús responde: «Vayamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para que también allí predique; pues para eso he salido» (Marcos 1,38).

A diferencia de Abrahán, Jesús no debe tomar posesión de ningún país, que en el futuro pasaría a ser el país de sus seguidores. Anunciar el Reino significa que Dios, Padre de todos, debe entrar en la vida de todos con su fuerza de amor y llenarles de felicidad. Y, por consiguiente, los que se sienten interpelados e inician una vida distinta, según el Evangelio, entran en el Reino, se colocan en la órbita de Dios. Jesús sale a comunicar el Evangelio a la gente, a los pobres, a los enfermos, a los necesitados de afecto, a los hambrientos de pan y de sentido. Y, por otra parte, muchos salen de una vida triste y sin horizontes, dominada por el miedo y la desconfianza, y van al encuentro del Evangelio, conocen a Jesús y le escuchan, como ovejas que, finalmente, han encontrado un pastor. Entre los que se acercan a Jesús, están sus discípulos inmediatos, los Doce, llamados a compartir con Jesús una vida itinerante, nómada, en la que la preocupación central es el reinado de Dios, su presencia directa y salvadora en medio de los hombres. Los Doce, como Abrahán, han sido llamados para dejar lo que hasta entonces era su vida: las redes y los campos, la familia y la casa. El tesoro que se les ha prometido no es pequeño: cien veces más de lo que han dejado tras de sí y, como broche final, la vida eterna (cfr. Mateo 19,29). Más que una tierra, encuentran una familia que se extiende y que se dilata, como el amor, por múltiples tierras y países. El don que reciben los discípulos es mucho mayor que la promesa hecha a Abrahán.

Jesús es bendición universal. Es bendición de Dios en el mundo, según se lee en Efesios 1,3: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido... en Cristo.» Él es el mediador universal de la salvación, ya que cualquier huella de redención pasa por su persona y su mensaje. El Evangelio recoge las semillas de verdad y de bien y las integra en el árbol frondoso de la cruz y la novedad perenne de la resurrección. Y, a su vez, el Evangelio fecunda y revitaliza las diversas realidades de este mundo con el don del Espíritu, que promueve el conocimiento de Dios. Esta fue la intuición del gran místico ruso del siglo XX, San Siluán del Monte Athos, quien escribió esta oración,

de total actualidad en este siglo XXI: «Haz, Señor, que todos los hombres puedan conocerte gracias a tu Santo Espíritu.»

#### **4. La Iglesia, instrumento de la bendición del Evangelio**

Si Jesucristo es bendición para un mundo necesitado de dones de paz, la Iglesia despegando con las palabras del Señor resucitado: «La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío.» (Juan 20,21). La comunidad no sale a recorrer los caminos del mundo por voluntad propia, sino porque el que ha reunido a los Doce, a los Setenta y dos, a los Ciento Veinte, lo ha querido así. Jesús no ha establecido ningún organigrama de funcionamiento para sus discípulos en el futuro, pero les ha reunido como el Israel escatológico y, por lo tanto, ha fundado la Iglesia, su comunidad. Ha deseado que su mensaje —el Evangelio— permaneciera vivo no gracias a la vida de los muchos que lo considerarían el eje y la razón de ser de su existencia. El recuerdo de Jesús no pasa por la arqueología ni por unos documentos escritos sino por su misma persona, por su presencia activa en medio de la Iglesia. Su resurrección es actual y su salvación no se ha disuelto con el paso de los siglos.

Al contrario, el Evangelio es una fuerza de amor y de paz que regenera cualquier presente de la historia humana, que hunde sus raíces en el corazón de las personas y de las sociedades. Quien es nómada e itinerante, está en una disposición inmejorable para comprender y vivir un mensaje que reclama apertura de corazón y rehuye cualquier inmovilismo. La Iglesia es peregrina, siempre está en camino, es bendición porque distribuye la bendición de Dios en Cristo con generosidad. Y esta bendición tiene un nombre: El Evangelio. La persona, el mensaje, las opciones de Jesús ante la vida y la muerte, su resurrección como acto poderoso de Dios, Señor del cielo, de la tierra y de los infiernos, constituyen la luz que rompe la tiniebla en la noche de este mundo. Así se expresa en Hechos de los Apóstoles 3,26: «Para vosotros en primer lugar Dios ha resucitado a su Siervo [Jesucristo] y os lo envía como bendición, si cada uno se convierte de sus iniquidades.» Esto significa que Jesús, para ser bendición, aceptó pasar por la maldición que representaba la cruz, y así de la muerte brotó la vida. La paradoja de la bendición que llega a través de una muerte cruel, propia de un maldito, hace que Pablo escriba: «Cristo nos rescató de la maldición de la Ley, haciéndose él mismo maldición por nosotros... Y esto para que la bendición de Abrahán llegara a los gentiles [es decir, a todos], en Cristo Jesús, y por la fe recibiéramos el Espíritu de la promesa» (Gálatas 3,14).

Receptora de la salvación de Dios, la Iglesia sabe que la palabra dirigida a Abrahán («sal de tu tierra») y que el Verbo de Dios ha vivido como suya (salió del cielo y recorrió la tierra), continúa resonando como invitación insistente para ella misma. El Evangelio no puede esperar: debe ser difundido y comunicado con gestos y palabras, con ternura y proximidad.

##### **4.1 Una comunidad en camino**

La itinerancia es consustancial en la vida cristiana y en la forma de ser de la Iglesia, tal como el Señor Jesucristo la pensó. Una Iglesia flácida, instalada, sin espíritu misionero, sería una caricatura de sí misma. Si resiguiéramos la historia de la Iglesia, comprobaríamos que siempre ha habido quien se ha preocupado de comunicar el Evangelio, a personas ya bautizadas o a personas sin bautizar. La misión ha penetrado todos los territorios eclesiales, en grado mayor o menor. Naturalmente, ha habido momentos de empuje y momentos de recesión. Pero nunca han faltado predicadores audaces y convencidos que, fundamentados en la santidad de su vida y llenos de pasión por el Evangelio, entendieran su misión como

un camino a favor de la Palabra. Sería pues interesante repasar los veinte siglos de historia y exponer cómo ha sido comunicado el Evangelio.

Sin embargo, nos limitaremos al primer libro explícitamente misionero del cánon del Nuevo Testamento, a los Hechos de los Apóstoles. Aquí se narra cómo la bendición de Dios, el Evangelio, traspasa el Mediterráneo de oriente hasta occidente, desde Jerusalén hasta Roma. El libro está construido desde la itinerancia y el dinamismo. La Iglesia primitiva es una comunidad nómada, que crece a medida que se difunde la predicación de la Palabra. De hecho, el auténtico protagonista de los Hechos de los Apóstoles es esta Palabra que no se detiene ante persecuciones y adversidades, ante los ataques de los que la rechazan y la fatiga de los que la llevan por todas partes. Se dibuja así una sintonía entre el mensaje y los mensajeros. La Palabra, poderosa con la fuerza de Dios, necesita ser «trasladada», como nueva arca de la alianza, para que llegue a todos y a todas. El Evangelio camina en la medida que se encuentra en manos de personas itinerantes –y responsables-, decididas a hacerlo resonar por todo el Imperio romano.

Quien vive como nómada puede comprender a la perfección la naturaleza itinerante de las comunidades cristianas de los primeros tiempos. La itinerancia no sólo no constituye ningún obstáculo para la difusión del mensaje sino que es la condición ineludible para que ésta se lleve a cabo de forma eficaz. Una persona que viva teniendo el mundo como domicilio está en comunión con la misión universal de la Iglesia, que no se ciñe a una región o territorio sino que ensancha constantemente el campo de su anuncio de la Palabra. Ya hemos comentado que la figura de Abrahán es un paradigma de vida nómada, y que también Jesús plantea su actividad en términos parecidos durante los casi tres años que dura su predicación. Asimismo, Pablo, el gran misionero, modela su vida en función de la vocación a la que ha sido llamado: anunciar a Jesús, el Hijo de Dios, entre los que no judíos (cfr. Gálatas 1,16). Pablo será el apóstol del Evangelio, un mensaje que va dirigido a cualquier hombre, independientemente de su origen, etnia e incluso religión.

#### **4.2 Mensajeros de la buena nueva**

Quien es nómada, quien anda y desanda caminos, posee una libertad de espíritu que un sedentario tiene tendencia a ahogar, dominado a menudo por la búsqueda de seguridad. Un nómada vive y convive en la gran plaza del mundo, con un primer mensaje para ofrecer: su propia vida, pensada como encuentro con los demás. Y si su nomadismo se concreta en la dimensión lúdica y artística de la vida, entonces no hay duda sobre su mensaje, positivo y vital. El mensaje del Evangelio no substituye al mensaje que cada uno ofrece como ser humano, en virtud de su trabajo, sus cualidades y su forma de ser. Al contrario, el Evangelio, humano y humanizante, se comunica a través de lo que la humanidad de cada uno aporta al conjunto. El Evangelio, es decir, la buena noticia, adquiere rasgos creíbles y atrayentes cuando se le propone en el marco de algo que, por sí mismo, está llamado a ser amistoso, cordial y simpático, es decir, profundamente humano. Me refiero, como es obvio, a la gran cantidad de ilusión y de calor que desprenden los que representan la vida, con sus gozos y con sus penas, en un espectáculo circense o de calle, intentando plasmar y transmitir sueños. No es casual que el cine haya contado tantas veces la fantasía y la ternura que envuelven el mundo del circo.

Está pues claro que el mensaje del Evangelio, que integra felicidad, armonía y defensa del débil, y que en el fondo es un canto a la vida, puede y debe ser expresado en términos «mágicos», como los que crea la atmósfera circense. La carpa es, de hecho, un mundo de ilusión donde nadie se siente forastero: su forma circular evoca igualdad y comunión entre los que construyen este mundo particular, actores y público. El espectáculo

es una cadena de buenas noticias, jaleadas y aplaudidas con entusiasmo. Un número circense siempre encierra una carga enorme de positividad, que mantiene a todos en vilo hasta que el obstáculo no es superado y estalla la satisfacción general. La alegría y la fiesta son consustanciales al espectáculo del circo: todo él está pensado para aportar energías que refuerzan la humanidad de las personas.

Estas consideraciones vienen al caso porque se trata de mostrar las afinidades existentes entre el artista itinerante, creador de alegría, y el Evangelio, también itinerante, buena nueva para todos. Desde el primer momento, desde la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés, los Hechos de los Apóstoles respiran alegría e ilusión, un proyecto de gran calado. Lo sucedido este día resulta paradigmático para la comunidad primitiva. El Espíritu Santo, según lo prometido por el mismo Jesús antes de su resurrección, desciende sobre los reunidos en el cenáculo, ciento veinte hombres y mujeres, que constituyen el núcleo esencial de la Iglesia. En el transcurso del libro de los Hechos, y en diversas ocasiones, se reproduce el acontecimiento de la manifestación visible del Espíritu. Todas ellas, pero, se remiten al primer Pentecostés. La Iglesia surge de las cenizas del miedo que embargaba a los discípulos, refugiados detrás de ventanas cerradas y puertas atrancadas. El Espíritu se presenta como una «impetuosa ráfaga de viento» (Hechos 2,2) que entra por todos lados y se cierne sobre los que se encuentran en la casa. ¡Ante tamaño fragor, difícilmente se puede suponer que nada quede por abrir! Así pues, el primer mensajero es el Espíritu, que se presenta como fuego y se reparte y distribuye sobre casa uno de los discípulos y discípulas. El resultado no se hace esperar: todos quedan llenos del Espíritu y se ponen a hablar «en diversas lenguas» (Hechos 2,4). Contra el miedo que atenaza, se yergue el lenguaje del Espíritu, fluido, plural, sinfónico. Todas las lenguas del mundo se dan cita en Pentecostés, las grandes y las pequeñas, las fonéticas y las visuales, las convencionales y reglamentadas y las que surgen de la fantasía de los artistas.

El objetivo del Espíritu Santo es sólo uno: arrastrar a todos con su fuerza para que se conviertan en mensajeros de una buena noticia que debe sacudir el mundo. El cenáculo, espacio para la asamblea eucarística, se convierte en antesala de todos los caminos que los mensajeros del Evangelio van a emprender. La fracción del pan, imagen de comunión, es también imagen de misión y de anuncio. Quien comulga con el pan y el vino, signo visible de Jesús resucitado, comunica el Evangelio de Jesús de forma atrayente y contundente, con la suavidad que exige el trato de persona a persona. La comunión en la mesa eucarística anticipa y reproduce la comunión interpersonal de quien siembra y de quien acoge la Palabra. Hay un gozo compartido entre los que viven su condición de mensajeros del Evangelio y los que sienten la riqueza de los dones de Dios en su corazón. Nadando contra corriente, trabajando cuando los demás descansan, suscitando alegría entre los que buscan paz y solaz, los artistas itinerantes son intérpretes privilegiados del don de lenguas, personas transnacionales por naturaleza, miembros natos de un mundo globalizado, discípulos fieles de un Pentecostés siempre vivo.

### **4.3 Seguidores del signo y la Palabra**

El día de Pentecostés, después del prodigio de las lenguas, habladas y comprendidas, los apóstoles bajan a la plaza y se ponen a hablar en medio de la multitud expectante. Como si de una gran pista se tratara, espacio generoso y acogedor, Pedro se dirige a todos, judíos y no judíos, autóctonos y extranjeros, gente del Norte y gente del Sur. Debe comunicarles el motivo de su alegría y de sus discursos entusiasmados y entusiasmantes. No están bajo los efectos del alcohol sino bajo el impulso poderoso del Espíritu. El tiempo del silencio cómplice y avergonzado ha quedado atrás. Su pecado ha sido borrado. Llega la hora del Evangelio, y esta hora no ha envejecido después de dos mil años. No se ha marchitado el ardor de los que creen en el Señor resucitado y proclaman las



maravillas de Dios. Pedro habla en nombre de todos los que se saben enviados al mundo, a los tantos caminos y sendas de los hombres, para comunicarles la salvación.

La palabra del primero de los apóstoles resuena en aquella Jerusalén que no ha querido acoger al Señor de la vida y le ha llevado a la muerte en cruz. Su discurso está traspasado por la Palabra viva y eterna de la Escritura. Pedro representa a toda la Iglesia, a todos los bautizados (pastores y fieles), en el momento culminante de dar testimonio de Jesús, Señor y Mesías. Pedro, en nombre de todos los apóstoles, interpreta las Sagradas Escrituras: los profetas (Joel) y los Salmos (mesiánicos). De esta forma la historia reciente de Jesús, su muerte y su victoria sobre la muerte, se comprende como la realización del designio de Dios. La cruz sólo llegó después de que Dios hubiera acreditado a Jesús con multitud de curaciones y prodigios, mediante los cuales se desveló el rostro misericordioso del Dios de la vida y la donación de vida por parte de su Hijo. Ahora bien, cuando Jesús fue puesto en manos de los que buscaban matarle, se reveló –en mayúsculas!- «el determinado designio» de Dios (Hechos 2,23). Y este designio llegó a su plenitud con la resurrección del crucificado, que fue librado de los lazos de la muerte: su cuerpo, que en principio debía estar sujeto a la corrupción, se convirtió en un cuerpo glorioso. Así, Jesús no se encontró sometido a la triste morada del hades sino que fue exaltado como Señor a la derecha de Dios.

La historia de Jesús debe ser narrada como Palabra de Dios y desde la Palabra de Dios. Esta es la razón por la cual la Iglesia de los primeros tiempos se articuló alrededor de la Palabra del Señor, viva y vivificante. El Antiguo o Primer Testamento, las Escrituras judías, dieron razón de las maravillas que Dios obró en su Hijo, enviado al mundo como testigo de la verdad. Después, los evangelios y las cartas apostólicas proclamaron a Jesús como Salvador y Mesías, y contaron sus palabras y sus gestos como expresión del amor concreto de Dios hacia un mundo necesitado de redención. La Iglesia primitiva creció en la medida que la Palabra de la antigua alianza y la Palabra de la nueva alianza emprendían, juntas, su camino.

Como narran los Hechos de los Apóstoles, la Palabra empezó como pequeña gran semilla el día de Pentecostés, y aquel mismo día muchos, sacudidos en lo más íntimo de su corazón, preguntaron a los apóstoles qué debían hacer, cómo tenían que orientar su nueva vida. El aldabonazo de la conversión estaba aquí. La Palabra nunca queda infecunda, entra dentro de la tierra y fructifica espléndidamente. Los Hechos de los Apóstoles subrayan la respuesta de Pedro a la pregunta de los que le escuchaban: «La promesa [el bautismo que perdona y el don del Espíritu] es para vosotros y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, para cuantos llame el Señor, Dios nuestro» (Hechos 2,39). Ahora bien, ¿quién puede considerarse «cerca» o «lejos» del Señor? Está claro que la llamada es para todos, pero debemos reconocer que a menudo nos llega cuando nos encontramos lejos de Dios. La invitación a la conversión nos incluye a todos, ya que nadie será tan presuntuoso de pensar que puede quedar excluido de ella. La Palabra de Dios es «más cortante que espada de dos filos» (Hebreos 4,12) y penetra las intenciones del corazón, es decir, pone en evidencia nuestra necesidad de conversión.

Por otra parte, esta conversión sincera a Dios no se sitúa al margen de los sacramentos de la Iglesia. El día de Pentecostés, Pedro menciona el bautismo y el don del Espíritu o confirmación. Inmediatamente, el texto de Hechos explica como la Eucaristía (el tercero de los sacramentos de la iniciación cristiana) constituye uno de los ejes de la vida cristiana en la comunidad primitiva, su «fuente y culminación», según la afortunada expresión del Concilio Vaticano II. De esta forma, en Hechos 2 se dibuja el marco completo en el que se inscribe una vida vivida según el Evangelio. Las Santas Escrituras, Palabra de Dios sobre el Señor Jesucristo, se sitúan en el «centro» de la Iglesia; exactamente la misma

posición que ocupaba Jesús cuando, a los doce años, fue al templo con los doctores versados en la Escrituras. Sin embargo, a la mesa de la Palabra sigue, culminándola, el sacramento de la fracción del pan y del vino ofrecido para el perdón de los pecados. Más aún, la mesa de la Eucaristía encuentra su prolongación en la mesa de los pobres, y esta prolongación es la consecuencia primera de la fraternidad cristiana. Los pobres no son unos extraños ni unos sobrevenidos sino los preferidos de Jesús, y este título no lo pueden perder nunca en una Iglesia que lea y viva el Evangelio sin rebajas ni aderezos. La fraternidad pasa por la comunión fraterna, extensiva a todos e intensiva como fruto del amor. Completan el marco la enseñanza de los apóstoles, intérpretes autorizados de la Palabra, sus primeros servidores, y la oración que la comunidad dirige sin cesar a Dios, que siempre escucha a sus hijos dispersos por el mundo.

En una palabra, la Iglesia de Cristo, una y santa, que busca ser fiel a su Señor y, por ello, está llamada a la unidad en el amor y en la fe, es instrumento de la bendición divina en medio del mundo. Todos los que lo recorren como bautizados, revestidos de Cristo, sellados con el don de su Espíritu y confortados por la Palabra y los sacramentos, son portadores de una esperanza que traspasa fronteras y no conoce distinciones de lenguas, pueblos y etnias. La primera bendición de Dios a la humanidad es esa misma humanidad, hombres y mujeres amigos del bien y de la paz, mensajeros de un Evangelio que transforma todo lo que toca. Se trata de una gran responsabilidad, y a su vez es grande la confianza que el Señor deposita en los que creen en él. El Evangelio sólo llega al mundo si alguien, en este mundo, se convierte en su heraldo. No hay pues tiempo que perder en esta Europa dispersa y en búsqueda. La bendición de Dios no faltará si en el tiempo presente surgen quienes comuniquen el Evangelio con los hechos y las palabras, y se adhieran de corazón a la Palabra de Dios y a los signos sacramentales que se encuentran en el regazo de la Santa Madre Iglesia.

## **5. Conclusión: recibir la bendición de Dios**

«Que el Señor te bendiga y te guarde;  
que ilumine su rostro sobre ti y te sea propicio;  
que el Señor te muestre su rostro y te conceda la paz» (Números 6,24-26).

Esta antiquísima bendición, que Francisco de Asís popularizó en el siglo XIII, constituye el punto de partida para los que han sido llamados a ser bendición, es decir, para los creyentes en el Señor Jesucristo. El Evangelio es la gran bendición, el gran bien que Dios otorga a una humanidad deseosa de paz. Y este Evangelio necesita ser comunicado con auténtica pasión, con fuerza y perseverancia. Por eso, porque no hay mensaje sin mensajeros, la Palabra del Señor está confiada a nuestras manos. ¡Hasta ahí llega la humildad del Dios de la vida! Lo está desde la encarnación de Jesús, el Unigénito del Padre, quien no se avergonzó de ser considerado un hombre más entre los judíos de su tiempo ni de ser condenado a una muerte injusta. La bendición máxima llegó en forma de maldición extrema, aunque ésta se convirtió en victoria gracias al Señor del cielo y del hades.

Necesitamos ser bendecidos, ya que sin el auxilio divino, sin la presencia que nos flanquea y nos sostiene, acabaríamos siendo víctimas de nuestros principales enemigos: el orgullo (el enemigo interior) y el odio (el enemigo exterior). Por tanto, la bendición no es un complemento ni un simple buen deseo, sino una fuerza de amor que vela por nosotros. Si Dios nos ama y nos defiende, si no permite que caigamos en la tentación, nuestro camino se endereza y no nos perdemos entre vericuetos sin salida.

Necesitamos ser iluminados, ya que la bendición reviste la forma de luz interior. Es como si nuestra persona se inundara de una luz poderosa gracias a la mirada del Señor. Que Dios nos mire, no debe atemorizarnos. ¿Quién tendría miedo del propio padre? Y, si así fuera, si nuestro espíritu débil nos hiciera pensar que Dios nos pasa cuentas constantemente, sería preciso retomar el camino de su Palabra y redescubrir todo lo que allí se dice sobre su bondad y su perdón. Recibir la bendición del Señor equivale a experimentar su proximidad amorosa. Como se lee en la Primera Carta de Juan: «No cabe temor en el amor; antes bien, el amor pleno expulsa el temor... quien teme, no ha alcanzado la pleniitud en el amor» (4,18).

Necesitamos que la paz descienda sobre todos, nómadas y sedentarios, itinerantes y estabilizados. La paz es, efectivamente, el modo con que se concreta la bendición de Dios hacia los hombres, el primero de los dones evangélicos. Lucas, el evangelista de la sensibilidad, narra el cántico angélico que resuena después del nacimiento del Salvador: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres, en quienes él se complace» (Lucas 2,14). La paz es la gran obra del Mesías y de todos los que son discípulos suyos. Sin embargo esta paz va aparejada con la mirada del Señor. Su encarnación en medio de los hombres significa que su rostro es presencia divina en medio de lo humano. Todos los que se fijan en él, recibirán la salvación. La mirada del Señor acompaña los muchos caminos que hilvanan este mundo. Quienes los recorren de la mano del Evangelio, encontrarán la bendición, serán ellos mismos bendición abundante y permanente.